

Generaciones: movimientos juveniles, políticas de la identidad y disputas por la visibilidad en el Chile neoliberal¹

Reseñado por Rogelio Marcial Vázquez²
 rmarcial@coljal.edu.mx

Aguilera, Óscar (2014). *Generaciones: movimientos juveniles, políticas de la identidad y disputas por la visibilidad en el Chile neoliberal*. CLACSO. Buenos Aires, Argentina, 154 páginas. ISBN 978 987 722 032 2

*La brecha que se abre entre sociedad y política tiene que ver con las dificultades de acoger y procesar la subjetividad.*³



Empiezo por el “panorama del estudio”

El libro versa sobre el movimiento estudiantil chileno del periodo 2006-2011. Aborda las movilizaciones de los jóvenes chilenos, en tanto una de las expresiones de lo juvenil más destacadas en diferentes contextos de esa nación sudamericana; pero lo aborda desde la construcción social e histórica de la juventud chilena por parte de su sociedad. Lo que está fundamentalmente en juego, que logra descifrar magistralmente Óscar Aguilera, es

1 Fecha de recepción: 30 de diciembre, 2015. Fecha de aceptación: marzo, 2016.

2 Investigador del Colegio de Jalisco <http://www.coljal.edu.mx/rogelio-marcial-vazquez/> experto en temas sobre juventud.

3 Norbert Lechner. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2002, p. 14.

la confrontación de discursos sociales en el Chile neoliberal contemporáneo que califican, descalifican e invisibilizan a las y los jóvenes de ese país. Desde allí, el autor interpreta cómo diferentes miradas “se montan” sobre estos discursos al poner atención en las movilizaciones de jóvenes estudiantes durante un periodo histórico ciertamente corto (5 años), pero fuertemente cargado por la terca insistencia de millones de estudiantes de nivel medio y superior para hacerse visibles y lograr poner en las agendas políticas oficiales el tema de la educación gratuita, laica y de calidad en tanto derecho elemental de nuestros menores y jóvenes que, entre otros tantos derechos de la población, las políticas neoliberales buscan “arrancarnos de tajo”. Aguilera indaga profundamente en los acontecimientos políticos y sociales del movimiento estudiantil chileno cómo los y las jóvenes son negados en tanto actores sociales (usualmente nominados como “apáticos”, “apolíticos”, “desinteresados” y “desmotivados”) para minimizar e, incluso, negar/invisibilizar las demandas y las acciones de estos jóvenes estudiantes creativamente organizados. Cualquier similitud con nuestra realidad mexicana es plenamente una condición neoliberal vigente.

A parecer del autor, la llamada “rebelión pingüina”⁴ trastocó hondamente el marco discursivo sobre la juventud en Chile al llamar la atención de la opinión pública y al hegemonizar la pregunta (y las posibles respuestas) sobre lo juvenil en plena época neoliberal. En mayo de 2006 (año de arranque del análisis pero no sin una conexión inteligentemente trazada con las movilizaciones juveniles anteriores, cuya temática ya ha investigado el autor), los “pingüinos” se volcaron a las calles manejando magistralmente las redes sociales y reinventándose como actores juveniles centrales en el tema de la educación; al cuestionar profundamente los lineamientos de la política educativa de corte neoliberal, sus fundamentos y sus intencionalidades segregacionistas. La educación como derecho fundamental se enarbó como bandera de lucha en marchas y movilizaciones, en la toma de instalaciones educativas, en los medios masivos de comunicación y hasta en las charlas de café, de esquina, de oficina, etc. Estos “pingüinitos” sacudieron sensiblemente las

4 La “rebelión pingüina” hace referencia al movimiento de jóvenes de nivel secundaria de escuelas públicas en Santiago de Chile durante 2006, ante el intento del Estado por introducir medidas neoliberales de eficacia financiera sin considerar el mejoramiento de las condiciones materiales y las metodologías pedagógicas existentes. El nombre se debe al uniforme que utilizan los varones que los asemeja a estos animales. Varios diarios locales calificaron las protestas callejeras de estos estudiantes como “la marcha de los pingüinos”.

estructuras de poder institucional en torno a la educación pública con lozanía, creatividad y “harta” resistencia. Ante ello, el Estado chileno busca el control, cooptación, manipulación y represión del movimiento; pero esta tremenda masificación y creativa organización de los y las jóvenes le obliga a crear una Comisión Asesora Presidencial que pretendió dar voz a todos los involucrados pero que minimizó y sub-representó a los actores centrales del conflicto: los jóvenes estudiantes de nivel secundaria. Ello, aunque logra modificar la entonces ley vigente sobre educación en Chile, mantiene sus preceptos y sentidos que limitan el acceso a este derecho universal y trata de privatizar muchas de sus actividades y procesos.

Para 2011 (año de cierre del análisis) aparecen en escena los estudiantes universitarios, quienes cuestionan de fondo las concepciones oficiales sobre la educación en tanto “mercancía”, es decir, “un bien de consumo regulado por la oferta y la demanda” y no como un derecho universal. El claro retiro presupuestal del Estado chileno hacia la educación, incluso cerrando una universidad, es criticado desde sus bases ideológicas por parte de los jóvenes universitarios y vuelve a visibilizar la urgente necesidad de modificar muchos preceptos de ley para que la educación pública y gratuita sea efectivamente un derecho para los jóvenes chilenos.

Le sigo con el “cómo le hizo el autor”

En estos 5 años (2006-2011), nos platica Aguilera, sucede un claro proceso de revitalización del movimiento estudiantil chileno que provoca en general una fuerte politización juvenil en el país. Y nos lleva de la mano a partir del análisis cultural para observar estas realidades desde dos aristas: la primera de ellas se articula a través del concepto de “cultura política juvenil”, analizando desde allí los discursos y las prácticas que se entretajan dentro del campo político institucional. Entonces comprendemos desde el construccionismo social, gracias a la noble pluma (o, en estos tiempos, noble teclado) del autor, la producción de sentido que orientan las acciones de los actores políticos institucionales en lo referido a las políticas educativas. Pero Aguilera complementa la mirada a partir del análisis de las acciones en sí, la segunda arista del análisis. Pasando de esos sentidos de la acción, necesarios para comprender este tipo de movilizaciones juveniles, el autor opta por leer las acciones políticas estudiantiles desde la

mirada cultural para comprender (y ayudarnos a comprender) las estrategias concretas de estos actores juveniles para transformar lo aparentemente inmodificable: el sentido social y la práctica cotidiana de la educación pública como bien mercantil.

Muy sugestivamente nos propone el Óscar Aguilera partir de tres consideraciones centrales para comprender el movimiento estudiantil chileno contemporáneo: La primera, que las movilizaciones y demás acciones colectivas de los jóvenes estudiantes deben ser consideradas como puntos de llegada, y no como suelen pensarse como puntos de partida. Ello implica, a lo Zemelman,⁵ ir hacia atrás en la historia al desentrañar como proceso, y no como resultado, los acontecimientos, sentidos y voluntades que desembocaron en estas fuertes y multitudinarias movilizaciones estudiantiles. Solo así se logran encontrar, analizar y comprender las claves históricas y culturales de la constitución de lo político, esto es, de sus procesos constituyentes que suelen no estar a la vista directa del analista social. La segunda consideración, que la acción colectiva (en este caso juvenil) se nos presenta en un contexto espacio-temporal específico que permite problematizar y resignificar la realidad, lo que posibilita consensos sobre el cambio social. La última consideración, nos dice el autor que desde un nivel metafórico las acciones colectivas juveniles evidencian las diferentes tensiones propias de una novedosa forma de pensar, concebir y representar los vínculos sociales existentes.

De esta forma, el excelente libro de Óscar Aguilera nos expone creativamente la interpretación que hace el autor de las diversas construcciones generacionales presentes en el seno del movimiento estudiantil, buscando reconocer la heterogeneidad de sentidos y prácticas asociativas y de resistencia de la juventud chilena; ello a través de la construcción de diversos relatos biográficos de las y los participantes en el auge del movimiento estudiantil entre 2006 y 2011.

Paso a lo que llegó el autor en tanto los “hallazgos del estudio”

Óscar encuentra, después de realizada su investigación, que Chile vive un proceso político y cultural inédito en el periodo postdictatorial (pasada la cuenta dictadura pinochetista). Este proceso histórico-social, a decir del autor “inédito”, se ha caracterizado por instalar

5 Hugo Zemelman. *De la historia a la política: la experiencia de América Latina*. México: Siglo XXI, 1989.

y problematizar un ordenamiento simbólico e ideológico del Chile neoliberal. Aguilera encuentra que tal proceso afecta directamente lo que llama “tres dimensiones centrales”: La primera tiene que ver con la politización del debate en torno al sistema educativo nacional que ha ido mutando desde una reivindicación gremial hacia una discusión de las bases políticas que constituyen la institucionalidad y que se expresan nítidamente en la necesidad de recuperar para los chilenos y las chilenas un sistema verdaderamente **público** de educación. La segunda dimensión tiene que ver con la fuerte sacudida de las bases mismas de la arena política en Chile, mediante la fuerte crítica de lo que el autor llama “la arquitectura postdictatorial”, al impugnar la legitimidad de los procesos institucionales mediante la instalación a nivel constitucional del tema educativo y los tiempos y las formas de gestión política en la construcción del sistema público educativo. La tercera y última de estas dimensiones centrales divisada por el autor tiene que ver con el ajuste y puesta en práctica del propio instrumento activista y las formas de organización de los jóvenes estudiantes chilenos, a partir de la incorporación de organizaciones nacionales de estudiantes de secundaria, la ampliación de la Confederación de Estudiantes Universitarios de Chile a sectores antes no incluidos, y la emergencia específica de una Mesa Coordinadora de Educación Superior Privada.

Se denota un cambio importante en la participación juvenil dentro de “lo educativo”: quienes participan ahora ya no son solo los que militan en partidos políticos y organizaciones de izquierda. Millones de jóvenes chilenos que no necesariamente son “militantes”, una categoría política reconocible y ubicable en el Chile de hace algunos años, se vuelcan a las manifestaciones públicas reivindicando derechos a la educación y construyen formas asociativas novedosas a las más tradicionales de la “militancia”. Esto implica que los jóvenes movilizados por el tema educativo ya no aprenden previamente en las organizaciones de izquierda las formas de organizarse y manifestarse públicamente, sino que es el movimiento estudiantil su “propia escuela” política organizativa. Y además implica también que la organización y las decisiones sean más horizontales, pues las bases del movimiento construyen una cercanía estrecha con sus voceros y representantes, dando al traste con aquellas estructuras verticales tradicionales donde los líderes muchas veces negocian y deciden apartados de las bases del movimiento.

Por otro lado, Aguilera reconoce que se está ante una clara ampliación de la diversificación de los referentes identitarios del movimiento estudiantil chileno. Se reconocen y articulan identidades estudiantiles “con apellido”: estudiantes mapuches (indígenas), estudiantes mujeres, estudiantes de la diversidad sexual, estudiantes empobrecidos, estudiantes *punks* y *skins*, etc. Ya no es una imagen estática de un solo tipo de estudiante “estándar”. Es la amalgama, diversa y enriquecida, la que construye una nueva cara del estudiantado chileno contemporáneo. Óscar nos dice que esta “identidad enriquecida forjada en el calor del movimiento estudiantil” no solo modifica la imagen social del joven estudiante chileno en la actualidad, sino que además re-vitaliza y re-inventa las formas de organización, participación y manifestación con relación a aquellas tradicionales que se mantenían en el imaginario chileno sobre el estudiantado. La sorpresiva, masiva y novedosa incorporación de “los pingüinitos” al movimiento estudiantil es una de las partes más significativas de esta re-vitalización organizativa. Sentencia el autor para cerrar la obra:

El movimiento estudiantil no es único, es múltiple y en él tienen cabida todas las particularidades, pareciera ser el convencimiento. Se trata, finalmente, de una integración heterogénea que se articula a partir de una vida y una sociedad distinta a la ofrecida por el modelo neoliberal. Se trata de una generación sin miedo que le habla al conjunto de la sociedad chilena y le trasmite su convencimiento de que las cosas pueden ser de otro modo, que la sociedad puede ser distinta. Y ellos mismos, generacionalmente movilizados, constituyen la mejor metáfora de los cambios de la sociedad en su conjunto (pp. 140-141).

Finalizo con los “aportes al estudio sobre ‘lo juvenil’”

Estoy convencido de que este trabajo de Óscar Aguilera tiene importantes aportes al estudio de “lo juvenil” en el ámbito latinoamericano. Óscar nos deja observar la tremenda diversidad que hoy caracteriza a la juventud mundial, pero lo hace inteligentemente a partir de documentar esa diversidad y no solo hablar de ella huecamente, como uno de los tantos “lugares comunes” que suelen construirse perversamente sobre el imaginario social contemporáneo de “lo juvenil”. Ciertamente el tema de la educación pública gratuita es la

“bandera” que aglutina a estos jóvenes chilenos; pero podemos observar, de la mano del autor, cómo esos jóvenes estudiantes son además sujetos empobrecidos, de clase media, varones y mujeres, *gays*, lesbianas y demás, indígenas mapuches y mestizos, aficionados al fútbol, *punks*, empleados y obreros. Esta multiplicidad de la identidad juvenil estudiantil logra esa “articulación heterogénea” de la que nos habla Aguilera, pero de forma incluyente, respetando la diversidad y posicionándola como uno de los elementos más ricos y propositivos por parte de ellos y ellas para la construcción de una sociedad más justa, igualitaria y solidaria. Este sueño, esta utopía social alcanzable gracias a la organización y al horizonte imaginativo por el que vale la pena seguir luchando, hace evidente al resto de la sociedad que “otro mundo es posible” (a lo zapatista). Esto es, que existen y merecen ser defendidas las posibilidades de una sociedad distinta a la que nos impone el modelo neoliberal por más que nuestros gobiernos nacionales se empeñen en aparentarlo como la única salida en la que las mayorías “deben” y “tienen” que perder los privilegios logrados en luchas históricas que le arrancaron al capital en momentos particulares, el reconocimiento de los derechos y las prerrogativas económicas, sociales, culturales y políticas. No debemos aceptar que la educación es un bien mercantil por el que hay que pagar altas cuotas, así como no debemos aceptar bajo ninguna circunstancia que el despojo de tierras a sus dueños originarios resulta la única salida posible para el desarrollo, que los derechos laborales como la huelga, la representación sindical, la jubilación, prestaciones y salarios dignos deben desaparecer para aliviar la macroeconomía nacional, que el acceso a servicios de salud debe costar también o resignarse a instituciones y presupuestos insuficientes, corruptos, prepotentes e inservibles para las mayorías desprotegidas, que otros derechos como la disidencia, el esparcimiento, la autorganización, el acceso al arte y la cultura y otros más son entes innecesarios que le “estorban” a la modernidad nacional, que la eficacia de la justicia y la seguridad personal, familiar y comunitaria tiene que ver con lo cargado de la chequera de quien se trate. Esto es lo que nos enseñan los movimientos juveniles analizados por Óscar Aguilera. De allí la gran simpatía que les rodea por parte de muchos contingentes sociales y la certeza en la visibilización de sus demandas y de sus críticas a las políticas vigentes (en este caso, las educativas). Con mucho valor, con más imaginación, de forma lúdica, con fuerte resistencia y con un compromiso ejemplar, los jóvenes estudiantes chilenos hacen efectivo aquello de que el cambio generacional es uno de los principales componentes que mantienen vivo el

cambio cultural y el cambio social. En toda sociedad, son ciertas organizaciones y colectivos juveniles los que no permiten que la sociedad se estanque y se cosifique, aunque desde la mirada adulta lo anterior suele concebirse como un “peligro” y la “pérdida” de todos los principios y valores que mantienen a la sociedad; y a esos más vale “ni tocarlos”. Esta es la “metáfora del cambio social” a la que alude el autor. Aprendamos de los jóvenes, tiene propuestas dignas de tomarse en cuenta, son parte de la sociedad, conocen mejor los problemas que les afectan. Este es el mejor aprendizaje del excelente libro de Óscar Aguilera, y la confirmación de buena parte de quienes tratamos de comprender a los jóvenes contemporáneos desde la academia.